

Del cristal y del plástico soy comensal: paella

por Eulalia Valldosera

Estamos habitados por fuerzas que participan de todo lo creado, y en la naturaleza y en nuestros cuerpos se está colando una de ellas. Un día invitamos al plástico a nuestras vidas para ayudarnos a empaquetar, a contener líquidos y sustancias sabiendo que al cabo de un tiempo contamina lo que protege. Su uso, o abuso, en materia de alimentación produce alteraciones en la salud. Es muy peligroso para los fetos y los bebés, ya que en parte se introduce en su sistema hormonal, adulterando su cerebro y promoviendo enfermedades que más tarde no podrá corregir. Un invento maravilloso que no usamos correctamente, no respetamos sus limitaciones y apenas lo reciclamos.



Si no encontramos remedio a esta situación, generada por pocos industriales que nos han proporcionado este material tan maleable y barato para su uso cotidiano, si no dejamos de considerarlo imprescindible en la mayoría de ramas de la producción industrial y agrícola, por citar los más evidentes, moriremos ahogados como los peces.

Perderemos la vida, como las personas que se hechan a la mar buscando dónde vivir dignamente, ante nuestros gobiernos impasivos y carentes de estrategias que toleren los movimientos que la población ha hecho a lo largo de la vida de las civilizaciones, sobretodo cuando éstas llegan a un callejón sin salida por falta de visión.

El cristal cumplía antaño gran parte de la función que ahora ostenta el plástico. Se obtiene por fusión del sílice de las arenas de la playa de Mataró. Con este material translúcido los cooperantes de *Cristalleries Mataró* produjeron todo tipo de objetos decorativos hasta 2008. Realizados en horas extras, no estaban a la venta y solamente se regalaban a determinados clientes y familias comprometidas en su proyecto.

Todo es intercambio. El mar nos ofrece su comida y de vuelta los humanos lo contaminamos. El mar, que dió lugar a la vida animal, contiene ahora los vertidos que pueden matar la VIDA. El plástico es el más visible.

Recordemos cuando la paella se compartía sin utilizar plato y respetando las necesidades de cada uno. La paella celebrativa compartida en las playas de las familias que con los frutos que el mar nos regala daban gusto al arroz. Es el reflejo del sentir de aquellos que formaron una cooperativa en la que todos eran dueños y servidores a la vez.

Plásticos y cristales conviven ante la mirada impertérrita de los directores de este teatro que acoge, de vez en cuando, en sus salas blancas y custodiadas, actos de denuncia como éste que comprometen a los poderes económicos y que hacen caso omiso del llanto de unos pocos concienciados por la vida que se ahoga bajo un manto plastificado.